

El mundo ante otra Gran Transformación: mercados desregulados, inteligencia artificial y nuevos fascismos ♦

The world faces another Great Transformation: deregulated markets, artificial intelligence, and new forms of fascism

Anuar Sucar Díaz *

La historia se repite dos veces:
Primero como tragedia, luego como comedia.

Karl Marx

Resumen

El artículo reevalúa el pensamiento de Karl Polanyi a la luz de los acontecimientos recientes. Partiendo de la economía política, analiza los impactos potenciales de la desregulación de los mercados y de la inteligencia artificial en la reproducción social. Sostiene que se han generado nuevas tensiones entre el mercado y la sociedad, lo que inaugura una nueva fase de la “Gran Transformación”. Además, se exploran las implicaciones políticas de estos procesos y el riesgo de respuestas autoritarias. Ante este escenario, se enfatiza la importancia de que la sociedad recupere el control del proceso de reproducción social, incluido el desarrollo tecnológico.

Palabras clave: Polanyi, economía política, autoritarismo

Abstract

This paper reassesses Karl Polanyi’s thought in the light of recent developments. Departing from a political economy perspective, it analyzes the potential impacts of free markets and artificial intelligence on social

♦ Agradezco los comentarios que César Duarte y Claudia Rodríguez realizaron a este manuscrito. Los errores, por supuesto, son responsabilidad mía

* Candidato a doctor en economía por la Universidad de Massachusetts Amherst

reproduction. It asserts that new tensions between markets and society have spawned, inaugurating a new phase of the “Great Transformation”. Moreover, it explores the political implications of these processes and the risks of authoritarian responses. In this scenario, it stresses that society should retake control of the social reproduction process, including technological development.

Keywords: Polanyi, political economy, authoritarianism

Introducción

En *La Gran Transformación* [1944], Karl Polanyi propuso un marco teórico para comprender cómo la expansión de los mercados pone en riesgo la reproducción social. Bajo condiciones propicias, este desajuste puede desencadenar movimientos defensivos que degeneren en los horrores que acarreó la implosión fascista de la modernidad, tal y como los analizó Zygmunt Bauman [2010] en *Modernidad y Holocausto* y los exhibió Alain Resnais en su *Noche y Niebla*. Polanyi explica las precondiciones históricas para la consolidación de una economía de mercado, cómo el desenvolvimiento de su dinámica interna genera riesgos existenciales para la comunidad, y cómo la sociedad se organiza políticamente para protegerse de ellos.

Dos revoluciones sentaron las bases políticas y económicas del capitalismo [Hobsbawm, 2009]. La Revolución Francesa de 1789, fruto de la Ilustración, marcó el inicio del declive hegemónico de la monarquía. Aunque hubo una restauración conservadora tras la caída de Napoleón, la “revolución de los pueblos” de 1848 debilitó definitivamente a las coronas europeas, abriendo espacios para que la burguesía consolidara una estructura política e institucional alineada con sus valores e ideología. El desmoronamiento de los *ancien régimes* posibilitó la creación de estados liberales con marcos legales que garantizan la propiedad privada y su correlato, los mercados de los factores de producción. Con ello, se cumplió

una condición necesaria para la instauración del capital como categoría reguladora de la sociedad. No es casualidad, entonces, que la metáfora de la mano invisible de Adam Smith se convirtiera en el principio rector de los cambios institucionales. El libre mercado, el credo reza, es el mecanismo más eficiente para organizar la actividad económica, pues asegura una asignación eficiente de los recursos y una distribución justa del ingreso.

Simultáneamente, tuvo lugar la Revolución Industrial en Inglaterra, que transformó la lógica de la producción mercantil. La producción en gran escala requiere la mercantilización de los seres humanos y de la naturaleza, lo que genera tensiones en el seno de la sociedad. Polanyi retrató minuciosamente cómo el advenimiento de una economía de mercado, la disolución de las relaciones feudales de producción y la creación de mercados “ficticios” de personas, recursos naturales y dinero generaron un problema sistémico. No es que el comercio internacional, el cercamiento (*enclosure*) de tierras comunales, la creación de mercados de trabajo y la incipiente industrialización creasen automáticamente las condiciones para que los siervos y artesanos se convirtieran en obreros asalariados. Muchos se enfrentaron, más bien, a una realidad en la que sus saberes ancestrales ya no eran necesarios para una economía de mercado que operaba bajo lógicas distintas. Sin que hubiera ocupaciones alternativas, fueron despojadas de sus medios de producción, lo que las obligó a mendigar en busca de empleos que el naciente capitalismo industrial aún no generaba. Dicha “acumulación originaria”, plasmada magistralmente por Karl Marx [2011], implicó que muchas personas no tuvieran certeza sobre su futuro. El vagabundeo forzado, las migraciones masivas y la zozobra tejieron el nudo gordiano de un drama que evolucionaba sin guion escrito.

Los cambios de incentivos que trajo el capitalismo liberaron la inventiva de los empresarios, quienes implementaron tecnologías disruptivas como la máquina de vapor, que mecanizaron el trabajo

y promovieron un incremento sin precedentes de la productividad. La acumulación de esta enorme riqueza en manos de la pujante burguesía forjó, paralelamente, una desigualdad inaudita. Por un lado, los empresarios incrementaban exponencialmente sus haberes y edificaban fábricas, infraestructura y medios de transporte nunca soñados; al mismo tiempo, los obreros eran hacinados en ciudades insalubres y forzados a jornadas extenuantes que, a cambio de salarios miserables, drenaban su energía vital y la de su prole. *Oliver Twist*, escrito por Charles Dickens, retrata con agudeza esta nueva realidad. Naturalmente, la subordinación salarial dio lugar a nuevas resistencias, en las que el conflicto se centró en las condiciones de trabajo. Se habían generado las condiciones para el surgimiento de los sindicatos modernos.

Este incremento acelerado de la productividad generó una plétora de mercancías en busca de mercados. La expansión imperial se convirtió, por ende, en una prioridad para Inglaterra y las demás potencias europeas. En medio de una disputa entre los terratenientes feudales y la burguesía industrial, la ventaja comparativa de David Ricardo se instrumentalizó para estructurar los intercambios internacionales. Era imperativo abrir los mercados nacionales a los flujos comerciales y de capital, permitiendo que la competencia eliminara las unidades productivas tradicionales, lo que destruiría las relaciones precapitalistas y constituiría mercados de trabajo; así fuera por la fuerza de las cañoneras, había que derribar las murallas chinas que impedían el comercio. El *laissez-faire* promulgado por Smith debía aplicarse a la esfera internacional, regulando la división del trabajo. Tampoco es fortuito que esta compulsión por conquistar mercados atizara reyertas entre las potencias europeas que derivarían en la guerra de trincheras.

Polanyi nos relata cómo, en este contexto, Inglaterra creó un orden liberal basado en cuatro pilares. El primero de ellos era la noción de que los mercados desregulados eran el mejor mecanismo para organizar la vida social, por lo que debía dejárseles operar

libremente para asignar los recursos productivos, distribuir los ingresos y determinar el sentido del progreso tecnológico. La gobernanza de la sociedad a partir del comando y la tradición, principios rectores durante el feudalismo, debía dar paso a las fuerzas anónimas de la oferta y la demanda.

La hegemonía de Inglaterra, además, constituyó un nuevo concierto entre las naciones europeas que se tradujo en un periodo prolongado de estabilidad política conocido como la *Pax Britannica*. Desde el final de las guerras napoleónicas en 1814 y hasta el inicio de la Gran Guerra en 1914, no hubo conflagraciones entre potencias, salvo el breve conflicto entre Francia y Alemania de 1870-1871. Se aseveraba que el libre comercio no sólo era un instrumento poderoso para acrecentar la riqueza, sino que, al integrar los intereses de las burguesías nacionales, generaba una paz duradera. Estas fuerzas integradoras fueron reforzadas por la globalización financiera, que obligó a los países a ceñirse a los principios liberales y a evitar conflictos bélicos, so pena de perder el acceso a empréstitos esenciales.

El tercer pilar era el patrón oro, un mecanismo que, según sus defensores, impedía desajustes monetarios y de balanza de pagos. Si un país emitía moneda en demasía, sus precios crecerían aceleradamente, lo que disminuiría sus exportaciones e incrementaría sus importaciones, provocando una pérdida de reservas metálicas, una contracción monetaria y una deflación interna que corregiría el desequilibrio. Al restringir la emisión monetaria y fijar los tipos de cambio, el patrón oro generó presiones deflacionistas que agravaron la crisis.

Finalmente, el último pilar era el Estado liberal que, guiado por estos principios, se limitaba a proveer bienes públicos, garantizar la seguridad pública y velar por la propiedad privada. Atrás quedaron, al menos en el discurso, las intervenciones mercantilistas que

Alexander Hamilton o Friedrich List enarbolaron para promover industrias nacionales y superávits comerciales.

Este orden colapsó con la Gran Depresión, que dejó a su paso inestabilidad monetaria y dislocación social. La tasa de desempleo en los Estados Unidos, por ejemplo, rondó el 25 por ciento; a pesar del descomunal desarrollo de las fuerzas productivas, los trabajadores vivieron tiempos de carestía, esta vez no por falta de capacidad productiva, como en los tiempos precapitalistas, sino por su subutilización. Las *Uvas de la Ira*, de John Steinbeck, ofrece un retrato conmovedor de cómo esta crisis fragmentó vidas. En Alemania, mientras tanto, se registró una combinación altamente volátil y explosiva. Las impagables reparaciones de guerra, que originaron una emisión masiva de circulante y la hiperinflación de la República de Weimar, junto con los trastornos de la Gran Depresión, agravaron el miedo y el resentimiento. Dichas condiciones materiales, psicológicas y emocionales explican el ascenso de Adolf Hitler, un populista de extrema derecha que, en gran medida, se volvió popular al reactivar la industria y los empleos. La caída del orden liberal y el ascenso del fascismo responden a las formas en que el mercado, operando sin restricciones, menoscabó la reproducción social. Esto explica el carácter universal del fascismo, es decir, su capacidad de trascender barreras políticas y socioeconómicas para anidar en cada país.

Esta breve reconstrucción nos permite sopesar la profundidad, la vigencia y la relevancia de Polanyi. Hay paralelismos meridianos entre los tiempos del autor y los nuestros que ameritan ser analizados a la luz de su pensamiento. Como en aquel entonces, la consolidación de movimientos de extrema derecha responde a las conmociones sociales derivadas de la noción de mercados autorreguladores, que han provocado crisis, inestabilidad y desigualdad rampante. Esto ha sido agravado por la devastación ambiental, la volatilidad financiera, la pandemia de COVID-19, así como por la implementación de la inteligencia artificial (IA).

Además, se ha configurado un escenario de caída del orden mundial construido por la potencia hegemónica, lo que está provocando cambios institucionales, divisiones geopolíticas y guerras cuya trascendencia no podemos anticipar.

En este ensayo analizaremos cómo Polanyi resulta fundamental para entender los desenvolvimientos recientes y prevenir las manifestaciones más peligrosas de lo que Giovanni Arrighi [1999] conceptualizó como caos sistémico y Antonio Gramsci [2000] como la desintegración de un bloque histórico. Esto resulta esencial, pues la interacción entre mercados desregulados y la IA está configurando una nueva fase de la Gran Transformación con derivas autoritarias.

El documento está dividido en cuatro partes. Empezaremos explorando las condiciones necesarias para que los procesos de formación de capital garanticen la continuidad del empleo. Posteriormente, entenderemos las implicaciones de la transición de la socialdemocracia al neoliberalismo y cómo esta provocó una crisis financiera global que puso en entredicho la subsistencia social. Con este marco, analizaremos los potenciales impactos de la IA, que puede tener repercusiones sobre el empleo similares a las de los *enclosures*. Cerraremos con algunas reflexiones sobre los hitos históricos que están definiendo nuestra era.

I. Expansión mercantil y reproducción social.

Para crear el mercado de trabajo fue necesario disolver las relaciones feudales de producción, esto es, separar al siervo de la tierra y al artesano del taller. Esto generó las condiciones necesarias para la comercialización de la fuerza de trabajo. La reproducción comunitaria, desde entonces, radica en una generación dinámica de empleos. Sin embargo, como veremos, la relación entre el capital y el empleo es compleja e inestable.

El capitalismo, fiel a su “misión histórica”, desarrolla exponencialmente las fuerzas productivas. Para incrementar sus ganancias, los empresarios reducen sus costos y producen nuevos bienes, generando más y mejores satisfactores. Esto implica revolucionar permanentemente los procesos de trabajo, para lo cual se aplican la ciencia y la tecnología. La competencia incentiva la acumulación de capital, conocimiento e innovación; incrementa la productividad, la producción y los ingresos [Mokyr, 2016].

En su *Riqueza de las Naciones*, Adam Smith expuso cómo la competencia incentiva la acumulación de capital, amplía los mercados y profundiza la división del trabajo. En su concepción, el capitalismo sustituiría paulatinamente las relaciones feudales, lo que implicaría la desaparición de formas tradicionales de ocupación, la absorción de los trabajadores en actividades modernas y, por añadidura, mejores condiciones de vida. La desintegración del orden feudal era una transición que presagiaba un futuro idílico.

Tuvieron que transcurrir décadas para que el capitalismo manifestara sus problemas inherentes y, por lo tanto, suscitara visiones más críticas. Thomas Malthus y David Ricardo señalaron la contradicción entre una expansión del capital que aspira a ser infinita y restricciones físicas derivadas del crecimiento demográfico y de los rendimientos decrecientes de la naturaleza; los costos suben y las tasas de ganancia caen debido a la presión que una población creciente ejerce sobre recursos naturales finitos. Casi cien años después de la obra seminal de Smith, Karl Marx [2011] formularía la primera crítica integral del capitalismo, en la que expuso cómo el sistema genera una deficiencia estructural de empleos.

Marx argumentó que la competencia incentiva la expansión del stock de capital, lo que contrae el “ejército industrial de reserva”, una masa de trabajadores redundantes que regula la relación entre salarios y ganancias. Cuando la formación de capital se acelera, el

desempleo disminuye, lo que incrementa los salarios a costa de los beneficios. Esto contrae la inversión, lo que reconstituye el ejército industrial de reserva, presionando a la baja los salarios e incrementando la rentabilidad. La lucha de clases genera ciclos económicos endógenos, en los que el empleo fluctúa con las ganancias. Richard Goodwin [1967] formalizó esta hipótesis que no ha sido refutada [Barrales *et al.*, 2022].

También argumentó que estas presiones salariales incentivan un cambio tecnológico en el que el capital sustituye al trabajo. Los empresarios introducen maquinaria y equipo para reducir sus costos salariales, lo que disminuye la demanda de trabajo por unidad de producto¹. Además, debido a una mayor productividad en la industria y la agricultura, las economías se “terciarizan”. La mayoría de los servicios tienen escasos encadenamientos productivos, requieren pocos trabajadores por unidad de producto y presentan un bajo crecimiento de la productividad. Por ende, es necesario incrementar la escala de producción para mantener las tasas de empleo, aunque dicha expansión enfrenta límites económicos y ecológicos. Por un lado, el incremento de la relación capital-trabajo tiende a reducir la tasa de ganancia, lo que desincentiva la inversión. La perenne expansión de los mercados, por otro lado, conlleva impactos medioambientales severos e incrementa los costos de producción. El capitalismo genera una tensión irresoluble entre la reproducción social, la rentabilidad y la preservación de la naturaleza.

¹ La economía neoclásica parte de supuestos que aseguran que una mayor productividad cause mayor empleo. Asume una función de producción con perfecta sustituibilidad entre el capital y el trabajo, que prevalece la Ley de Say, que los agentes son racionales, que la información es perfecta, que no existe incertidumbre radical y que los agentes operan en mercados competitivos. Bajo estos supuestos, un incremento de la productividad del trabajo eleva las ganancias, lo que lleva a las empresas a demandar más trabajadores a cada nivel salarial. En la vida real, sin embargo, esto no se cumple. Empresas que introducen una innovación tecnológica para desplazar trabajadores pueden incrementar sus ganancias considerablemente sin que ello implique más empleo, sobre todo si hay desocupación y cuentan con poder de mercado.

Finalmente, Marx señaló que la competencia obliga a los capitalistas a volverse más eficientes, para lo cual invierten en capital fijo. Debido a las economías de escala, el crecimiento de la relación capital-trabajo reduce drásticamente los costos marginales, por lo que las grandes empresas pueden vender por debajo del precio medio e incrementar su participación a costa de otras que carecen de la misma eficiencia. La competencia no solo promueve el crecimiento de los capitales, sino que los centraliza en pocas manos, convirtiendo a amplios sectores en asalariados. En un movimiento dialéctico, mientras se incrementa la competencia en el mercado de trabajo, se reduce en el mercado de bienes. Esto altera la correlación de fuerzas entre las clases y acentúa la desigualdad. Conforme la propiedad se concentra, los incentivos para la inversión y la innovación se reducen. El capitalismo crea una falencia estructural: cada vez hay más trabajadores, pero cada vez hay menos incentivos para demandar trabajo.

Joseph Schumpeter [2010], precursor de la escuela evolucionista, expuso cómo el empleo se transforma constantemente y cómo el mercado debe reasignar los recursos productivos entre sectores y empresas. El autor nos explicó cómo el sistema se transforma con base en la innovación y el progreso tecnológico. Al igual que un organismo, evoluciona mediante un proceso de “destrucción creativa”, en el que la competencia elimina a los sectores y empresas ineficientes, garantizando que únicamente las más aptas sobrevivan y crezcan. Empresas obsoletas desaparecen, liberando recursos productivos que son absorbidos por empresas más productivas, con lo que el sistema se robustece. ¿Qué pasa, no obstante, si las empresas modernas no ocupan la totalidad de los recursos liberados? ¿Qué ocurre con la productividad agregada y los ingresos cuando la competencia e innovación destruyen empleos en el sector manufacturero y los trabajadores son reasignados a actividades como el comercio minorista? En estos casos, incrementan el desempleo, degradan la calidad promedio de los empleos y promueven ocupaciones de subsistencia. Esta es, precisamente, la historia de

América Latina tras la liberalización comercial y financiera del neoliberalismo [Palma, 2025].

Al utilizar un horizonte de largo plazo, la mayoría de los economistas asumían la Ley de Say, que afirma que el mercado de bienes siempre despeja a un nivel de ocupación plena. Dado que el capitalismo es estable, no es posible concebir una situación de desempleo generalizado en la que amplios sectores no puedan vender su fuerza de trabajo. La Gran Depresión, no obstante, destruyó la noción de que los mercados se autorregulan. En un contexto de colapso sistémico, John Maynard Keynes publicó su *Teoría General* [2006], obra en la que refutó la Ley de Say. Según Say, los cambios en los precios relativos, en particular en las tasas de interés, convierten cualquier acto de ahorro en inversión. El capitalismo opera al pleno empleo, pues la producción genera un flujo de ingresos equivalente que, gracias a la coordinación de los precios relativos, se gasta en mercancías.

Keynes enfatizó, no obstante, que factores como la incertidumbre radical y las fallas de coordinación impiden que la economía alcance el pleno empleo. Ello implica que un cúmulo de mercancías no se vendan, obligando a las empresas a contraer sus escalas de producción, lo que impacta al sistema mediante un multiplicador del ingreso. Cambios en los precios relativos no corrigen este desequilibrio, y una baja en el nivel de precios puede desembocar en una crisis de deflación con deuda, una de las combinaciones más insidiosas [Fisher, 1933]. Tras un periodo de contracción, el sistema encuentra un nuevo equilibrio, pero esta vez con desempleo. La aportación más relevante de Keynes fue demostrar que el desempleo es recurrente, persistente e inherente al capitalismo.

Su argumento radica en una crítica fundamental a la formación de capital. La inversión depende de las expectativas de ganancia de productores privados e independientes, quienes validan sus apuestas en los mercados de bienes. Los empresarios tienen bases precarias

para predecir la evolución de los ingresos y los costos de sus emprendimientos. El mundo está sujeto a incertidumbre radical, ya que no es posible pronosticar factores como la probabilidad de una guerra, una pandemia o los impactos de una revolución tecnológica en determinadas líneas de negocio. Por eso, los capitalistas dependen del pasado reciente para guiar sus comportamientos y forman sus expectativas con base en una opinión media que fluctúa ante nueva información [Keynes, 1937]. Los mercados bursátiles agravan esta situación, pues al tiempo que incrementan la liquidez del sistema financiero, permiten retirar capitales cuando cambian las conjeturas. Además, debido a esta incertidumbre radical y al carácter imperfecto de la información, se producen fallas de coordinación que provocan equilibrios subóptimos. La reproducción social, por estos motivos, se ve recurrentemente amenazada por los pánicos y las manías que rigen las expectativas [Kindleberger, 2016].²

El problema del nivel de la inversión no es sólo de corto plazo. Debido a una propensión psicológica, el consumo crece menos que el ingreso, por lo que la tasa de ahorro aumenta cuando las sociedades se enriquecen. Consecuentemente, la inversión privada debe incrementar su peso relativo en la composición del gasto, a menos que el Estado redistribuya el ingreso para incentivar el consumo sin que ello afecte la tasa de ganancia. Dicho esto, alcanzar este nivel de inversión se torna cada vez más difícil, pues las alternativas rentables se agotan y las tasas de ganancia disminuyen. Por ello, para garantizar el pleno empleo, Keynes preconizaba socializar el proceso de inversión y aumentar el peso del Estado mediante una política fiscal progresiva [Crotty, 2019].

En suma, la relación entre la formación de capital y la generación de empleos es dinámica, compleja e inestable. Las fuerzas de la

² Hoy en día, al parecer, existe una burbuja especulativa en las cotizaciones de empresas asociadas a IA, lo que puede acarrear consecuencias desastrosas para el sistema financiero internacional.

competencia incentivan la acumulación de capital, la innovación y el progreso tecnológico. Ello eleva la productividad, reduce la demanda de trabajadores por unidad de producto e incrementa la propensión al ahorro. Consecuentemente, la escala de la producción debe ampliarse para mantener la tasa de empleo, lo que requiere mercados cada vez más amplios y mercantilizar más aspectos de la vida como la crianza y los cuidados [Fraser, 2014]. Para que estos procesos no cuestionen la reproducción social, se deben garantizar altos niveles de inversión privada. Sin embargo, debido a su dinámica interna, el sistema genera una acendrada centralización del capital, lo que agudiza la desigualdad en la distribución del ingreso, reduce el tamaño de los mercados y merma los incentivos a invertir. Por si no fuera poco, la expansión permanente de los mercados degrada el medio ambiente y agota los recursos naturales, lo que incrementa los costos de producción. Además, la inversión está sujeta a fluctuaciones cíclicas, mediadas por caídas en la tasa de ganancia, fallas de coordinación e incertidumbre radical, lo que tiene impactos a corto y largo plazo. Menores precios no generan mayor empleo, pues tanto el “efecto de saldos reales” como el “efecto Keynes” no son funcionales [Palacio-Vera, 2005]

No nos debe extrañar que muchas personas sobrevivan con base en el autoempleo, los trabajos temporales o el subempleo. Tampoco nos debe sorprender que la IA empeore esta situación. Arthur Lewis [1954] aseveraba que la falta de capital por trabajador explicaba el subempleo y el autoempleo de subsistencia. El crecimiento exponencial del stock de capital registrado en las últimas décadas sugiere, más bien, que los trabajadores redundantes pueden ser consustanciales a las formas más desarrolladas del capitalismo.

En la siguiente sección, entenderemos cómo la sociedad creó mecanismos defensivos después de la Gran Depresión, cómo fueron suprimidos por una contrarrevolución conservadora que reintrodujo los mercados autorreguladores, y cómo ello degeneró en una crisis financiera global de proporciones bíblicas.

II. Neoliberalismo y la Crisis Financiera Global de 2008.

La obra de Keynes ofrece soluciones para estabilizar el capitalismo. Tras la Gran Depresión, el espíritu de los tiempos exigía el “fin del *laissez-faire*” y, en consecuencia, diseñar una arquitectura institucional que impidiera que el capitalismo desregulado menoscabara a la sociedad [Keynes, 1988]. Si la inversión privada estaba sujeta a cambios abruptos e imprevisibles, era necesario socializarla y regular los mercados financieros. Si el proceso de acumulación de capital concentraba la riqueza, el Estado debía redistribuir los ingresos mediante políticas fiscales y programas sociales progresivos. Si los componentes privados de la demanda agregada no eran suficientes para que el mercado de bienes despejara al pleno empleo, había que implementar políticas fiscales y monetarias expansivas que cerraran la brecha. Si la innovación destruía empresas y desplazaba a segmentos importantes, había que crear un seguro de desempleo y otras políticas para promover la reinserción laboral. Si los individuos se enferman, sufren accidentes y pierden la capacidad de trabajar conforme envejecen, había que crear un sistema de seguridad social que incluyera seguros de salud y pensiones. Siguiendo esta lógica, se elaboró un relato sobre el que se edificó una sociedad más racional, lo que tuvo una influencia decisiva en la constitución de los Estados de Bienestar. Estas intervenciones respondían a la necesidad de proteger a la sociedad frente a los mercados; en palabras de Polanyi, “la protección social es el complemento obligado de un mercado autorregulador”.

El keynesianismo surgió en un contexto histórico propicio para la difusión de sus ideas. El colapso del liberalismo decimonónico y la Gran Depresión habían puesto de manifiesto que los mercados desregulados, al transar “mercancías ficticias”, podían provocar un colapso social. En contraste, la Unión Soviética gozaba de una prosperidad sin precedentes, lo que suscitó dudas sobre la posible superioridad de la planeación central. A la sazón, los partidos políticos comunistas ganaron prominencia, lo que despertó

preocupación entre las élites occidentales. Con una sabiduría ausente en nuestros días, políticos y empresarios comprendieron que, para atajar la amenaza comunista que se cernía sobre sus sistemas políticos, era necesario otorgar concesiones a los trabajadores. Consecuentemente, el centro político se desplazó hacia la izquierda, y la idea de que los mercados debían ser intervenidos permeó el sentido común. La socialdemocracia se convirtió en la forma predominante de organización política, y una versión “bastarda” del keynesianismo, fruto de la teoría económica neoclásica, representó una alternativa viable: propugnaba regular el capitalismo en lugar de destruirlo. Ya sea por la planificación central o por formas más sutiles de intervención, la sociedad decidió que era imperativo que el Estado mediara en su relación con los mercados.

El keynesianismo creó un sistema político relativamente exitoso, pues preservó las democracias representativas, evitó la recurrencia de crisis catastróficas y sentó las bases para los “treinta años dorados” de la posguerra. Sin embargo, erosionó la rentabilidad, lo que agravó una crisis sistémica en los años setenta. La tasa de ganancia se vio severamente afectada a medida que el Estado ocupaba mayores nichos de actividad, incrementaba su peso mediante una mayor recaudación, imponía más regulaciones y fortalecía a los trabajadores en su disputa distributiva con el capital. Gracias a las políticas de pleno empleo y de libertad sindical, en muchos países los trabajadores se apropiaron de prácticamente todos los incrementos de la productividad, entorpeciendo así uno de los mecanismos fundamentales para restaurar las ganancias [Mattick, 1971]. Además, esto coincidió con el agotamiento del patrón de acumulación fordista, que se fundamentaba en una tecnología que demandaba mucha energía, implicaba el acopio de grandes inventarios y era muy vulnerable a la resistencia obrera [Coriat, 1992].

Conflictos geopolíticos en los años setenta del siglo XX dieron al traste con el keynesianismo y la socialdemocracia. En 1973, Egipto e Israel entraron en una nueva conflagración, conocida como la guerra del Yom Kippur. Como represalia por el apoyo que Estados Unidos brindó a Israel, los países árabes, que controlaban la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), restringieron drásticamente la oferta de hidrocarburos. Esta escasez se vio agravada por la guerra entre Irán e Irak de 1980, derivada de la revolución islámica de 1979. Por ello, el precio del barril de petróleo *West Texas Intermediate* se incrementó exponencialmente, pasando de 3 dólares en 1973 a 36 dólares en 1981. Esto significó un choque de oferta negativo, que derivó en un estancamiento productivo con inflación (“estanflación”), para el cual el keynesianismo ortodoxo carecía de respuestas. Al principio, los regímenes occidentales siguieron las recetas convencionales, estimulando la demanda agregada para mitigar el desempleo. Sin embargo, dada la naturaleza de la crisis, esto sólo exacerbó la inflación, agudizando los desajustes del sistema monetario.

Paralelamente, en el plano de la teoría económica, Phelps [1967] y Friedman [1968] cuestionaron la curva de Phillips. De acuerdo con ellos, la teoría keynesiana predominante (la “síntesis neoclásica”) tenía una falencia estructural, pues no consideraba cómo las expectativas de los agentes modifican el sistema económico. Si la curva de Phillips se desplaza con cambios en las previsiones, no es posible suponer una relación estable entre la tasa de empleo y la inflación, como lo hacían los keynesianos. Dicho de otra forma, si esta relación se mueve con cada intervención, el Estado es incapaz de reducir el desempleo por debajo de su nivel “natural” sin acelerar el crecimiento de los precios. Esta crítica sería reforzada por la revolución de las expectativas racionales, encabezada por Robert Lucas [1976], y por la teoría de los ciclos económicos reales de Finn Kydland y Edward Prescott [1982]. La estanflación confirmó que, ante un choque de oferta, el keynesianismo ortodoxo falló en garantizar el pleno empleo. El corolario de estas teorías es que la

única forma sostenible de reducir el desempleo es implementando políticas de oferta que incrementen el producto potencial. Una vez más, se supuso que los males del capitalismo radicaban en el Estado, que entorpecía la función coordinadora de los mercados. Esta “contrarrevolución monetarista” acompañaría el ascenso del neoliberalismo.

En lo referente a la política económica, la estanflación orilló a Paul Volcker, entonces presidente del Banco de la Reserva Federal, a incrementar drásticamente la tasa de interés de los fondos federales, que pasó de 5.5 por ciento en 1977 a 20 por ciento en 1981. Este choque monetario sumió al mundo en una recesión. Aprovechando su dotación de recursos naturales, una mejoría sustancial en los términos de intercambio y una plétora de liquidez en los mercados financieros, muchos países subdesarrollados contrajeron deudas externas que se volvieron impagables con la caída en el precio internacional de los *commodities* y el encarecimiento del crédito. En medio de esta “crisis de la deuda externa”, países como México se declararon en suspensión de pagos, lo que llevó al Fondo Monetario Internacional, un organismo multilateral controlado por los Estados Unidos, a otorgarles créditos bajo la condición de que liberalizaran sus mercados y dismantelaran sus sistemas de bienestar. En los países desarrollados también se registraron crisis y desajustes macroeconómicos. Políticos como Ronald Reagan y Margaret Thatcher fueron electos en un contexto de desencanto generalizado. Ante las falencias de la socialdemocracia, reintrodujeron la noción del mercado autorregulador como mecanismo rector de la sociedad. Olvidando la historia, se aseveró que los mercados libres eran eficientes, justos y maximizaban el bienestar social.

Para empezar, se priorizó estabilizar las cuentas fiscales y externas, lo que sirvió de pretexto para minar el Estado de Bienestar. En lo fiscal, se aplicaron impuestos indirectos y se contrajeron gastos públicos esenciales, en especial los asociados a programas sociales e inversión. Se cortaron gastos en pensiones, salarios, trans-

ferencias, subsidios, infraestructura social y productiva, entre otros. Tras años consecutivos de superávits fiscales, la participación del Estado en la economía se redujo considerablemente. El Estado perdió capacidad de regular la demanda agregada para garantizar el pleno empleo y de promover el crecimiento económico mediante la inversión en ciencia, tecnología e infraestructura. En lo monetario, se implementaron políticas sumamente restrictivas, lo que mermó el empleo y la fuerza de negociación de los trabajadores.

Simultáneamente, se implementó el “cambio estructural”, un eufemismo para constituir una sociedad gobernada por mercados desregulados. Se privatizaron miles de empresas públicas que producían bienes y servicios esenciales. Parte importante de los recursos públicos obtenidos, cabe enfatizar, se destinó a saldar deudas cuestionables con la banca internacional. También se desregularon cientos de mercados de bienes y, tal vez más importante, los mercados de trabajo. Bajo el argumento de que las regulaciones encarecieron la contratación formal y desincentivaron el cambio tecnológico, se dismantelaron leyes y reglamentos que procuraban otorgar a los trabajadores condiciones mínimas de subsistencia, protección ante abusos patronales y cierta estabilidad laboral. En el plano internacional, se “liberalizaron” las cuentas comerciales y financieras, lo que permitió que los países se insertaran en la globalización neoliberal y en sus cadenas globales de valor. Bajo presión externa, los gobiernos eliminaron los mecanismos con los que habían promovido sus manufacturas, entre ellos la política industrial. En los noventa, proliferaron tratados regionales y bilaterales de libre comercio, en los que se institucionalizaron nuevas reglas comerciales y de propiedad intelectual que impedían que los Estados procuraran proteger a las empresas y los empleos locales. Organismos como la Organización Mundial del Comercio, constituida en 1995, se erigieron en poderes soberanos supranacionales que velan por los intereses del gran capital [Negri, 2002]. La caída de estas barreras protectoras se tradujo, en la mayoría de los casos, en la desaparición de actividades económicas

y de sus empleos asociados. Además, se liberalizó la cuenta financiera de la balanza de pagos, eliminando los controles sobre los flujos de capitales “golondrinos”. Esta “libertad” derivaría en ataques especulativos contra las monedas, lo que incrementaría la frecuencia y la severidad de las crisis financieras.

Con estos cambios institucionales, y apoyados en las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones, se creó un nuevo orden mundial en el que el intercambio de mercancías y el libre flujo de capitales estructuraron una globalización que tendría impactos insidiosos en las condiciones de vida de amplios segmentos de la población. En los Estados Unidos, para no ir más lejos, muchos trabajadores blancos perdieron sus empleos cuando las empresas para las que trabajaban reubicaron sus plantas en países con salarios más bajos. En los países subdesarrollados, la competencia internacional quebró a miles de empresas que operaban con tecnologías atrasadas, sin que los sectores modernos absorbieran a todos los trabajadores desempleados.

Un elemento que amerita especial atención es la desregulación financiera, sobre todo en los Estados Unidos, país que se convirtió en el epicentro de una crisis sistémica que desarticuló la economía internacional. Como respuesta a la Gran Depresión, se aprobó un conjunto de leyes, entre ellas la *Glass-Steagall*, que regulaban el sector financiero. Estas regulaciones buscaban evitar que la especulación financiera generara un riesgo sistémico en la economía estadounidense. Fueron efectivas para atenuar las crisis financieras si nos atenemos a la periodicidad con que se registraron entre los años cuarenta y setenta del siglo pasado. Ahora bien, en los años noventa, personeros como Lawrence Summers y Alan Greenspan argumentaron que estas regulaciones desincentivaban la innovación y encarecían el crédito. Adujeron, entre otras cosas, que los mercados financieros eran eficientes y que los banqueros de Wall Street velaban por sus intereses mejor que los burócratas de Washington. El resultado fue la Crisis Financiera Global de 2008,

que implicó la pérdida de más de 50 millones de empleos, así como el deterioro de la calidad de vida del grueso de la población.

Esta crisis generó miedo, frustración y resentimiento, lo que explica el ascenso de movimientos de extrema derecha. La elección de personajes como Donald Trump responde a los impactos que los mercados desregulados han tenido en la calidad de vida, la movilidad social, la composición identitaria y el sentido de seguridad de la población. Son, a final de cuentas, movimientos políticos reaccionarios que buscan proteger el tejido social de los efectos corrosivos del ácido mercantil. Este deterioro en las condiciones de vida puede verse agravado por una tecnología que promete eliminar un porcentaje considerable de empleos.

III. Inteligencia Artificial y la transformación del trabajo.

La Cuarta Revolución Industrial está centrada en la IA. Esta puede definirse, a grandes rasgos, como una tecnología de propósito general capaz de imitar la inteligencia humana para potenciar o reemplazar tareas que realizan las personas. Se trata de sistemas que procesan datos, identifican patrones y realizan predicciones mediante modelos matemáticos. La IA primero se entrena procesando grandes volúmenes de información, utilizando un modelo de lenguaje previamente diseñado para identificar patrones entre palabras, conceptos o variables. Una vez entrenado, el modelo puede recibir preguntas o solicitudes, analizarlas y generar respuestas basadas en los patrones aprendidos. Conforme analiza más datos, es posible afinar los entrenamientos, construir redes neuronales artificiales más robustas y, por lo tanto, diseñar mejores soluciones. Esta tecnología está altamente concentrada en cinco empresas que compiten por explotar el saber. La capacidad de procesar el conocimiento se está convirtiendo en la nueva mercancía ficticia del capitalismo, pues está siendo progresivamente comercializada, aun cuando es un producto eminentemente social.

Para entender la especificidad de esta tecnología, le pedí a ChatGPT, uno de los modelos de lenguaje más populares, que me indicara qué distingue a la Cuarta Revolución Industrial. Su respuesta fue acertada y concisa:

A diferencia de las revoluciones industriales previas, que automatizaron principalmente el trabajo físico de forma gradual, la actual se caracteriza por el uso de inteligencia artificial para procesar datos y automatizar tareas cognitivas a un ritmo acelerado, transformando simultáneamente la producción, el conocimiento y la toma de decisiones. [OpenAI, 2023]

Las revoluciones industriales anteriores se centraron en el trabajo físico. Automatizaron partes del proceso productivo, lo que incrementó exponencialmente la potencia y la precisión del trabajo humano. La máquina de vapor de James Watt, por ejemplo, permitió la construcción de motores de combustión externa que se utilizaron para impulsar trenes, barcos, maquinaria, entre otros. Las máquinas eran programadas para imitar movimientos humanos y sustituir actividades específicas. La interacción de un conjunto de máquinas aceleraba la cadencia y energía del proceso de trabajo. Podemos hacer analogías similares con respecto a las segundas y terceras revoluciones industriales, que introdujeron tecnologías como la electricidad y el internet, transformando industrias enteras y promoviendo nuevas actividades económicas.

Todas las revoluciones industriales han implicado “destrucción creativa” en la que sectores y empresas atrasados son desplazados. La desaparición de formas tradicionales de subsistencia, por supuesto, ha generado resistencias. Los luditas de la Inglaterra decimonónica, el movimiento neozapatista chiapaneco o los “globalifóbicos” son movimientos políticos que buscan mitigar los impactos destructivos de la expansión mercantil. Sí, como subrayó Schumpeter, el capitalismo evoluciona destruyendo actividades obsoletas y creando otras modernas que las sustituyen. ¿Por qué tendríamos que preocuparnos por los impactos de la IA en el empleo?

Lo primero que debemos enfatizar es el ritmo con el que se propaga y transforma la economía. A diferencia de otras revoluciones industriales, que se extendieron a lo largo de décadas, la IA está transformando la sociedad a una velocidad de vértigo. Estas cadencias implican que la sociedad no tiene tiempo para evaluar los impactos y adaptarse en consecuencia. Su difusión avanza más rápido que nuestra comprensión, dejándonos sin capacidad efectiva de respuesta.

Un segundo punto relevante es el tipo de trabajo que sustituye. El incremento de la productividad en la agricultura y la industria condicionó el tránsito hacia economías de servicios. Con la IA, muchos de estos empleos serán sustituidos, pues esta tecnología es capaz de realizar tareas complejas, ambiguas y creativas propias de los seres humanos. Entre otras, podemos destacar redacción de documentos, generación de contenido audiovisual, programación, análisis de datos, toma de decisiones y reconocimiento de patrones. Muchas actividades simples y repetitivas, por descontado, serán sustituidas en el corto plazo. Funciones como atención al cliente, entrada y análisis de datos, ventas al menudeo, logística, manejo de paquetes y limpieza del hogar corren el riesgo de desaparecer en poco tiempo. Con los medios de transporte autónomos, la IA eventualmente sustituirá a los chóferes de taxis, autobuses, trenes y aviones. Pero no sólo reemplazará trabajos poco calificados. También está transformando los empleos de programadores, médicos, contadores, abogados, periodistas o banqueros, que exigen creatividad y razonamientos complejos. A diferencia de otras revoluciones tecnológicas, la IA no sólo sustituye funciones, sino que replica capacidades humanas generales como el lenguaje, el análisis y la decisión, lo que reducirá la demanda de empleos que hoy en día damos por sentados. Las novelas de ciencia ficción podrían alcanzarnos: esta inteligencia podría integrarse en cuerpos artificiales, constituyendo autómatas que superarían a los humanos en prácticamente todas sus funciones analíticas y motrices. De materializarse, muchos trabajos dejarían de tener sentido técnico y

económico. Parafraseando a Schumpeter, tiene la capacidad de destruir empleos sin que operen los mecanismos compensatorios, ya que no se vislumbran muchos sectores intensivos en trabajo que no sean susceptibles de automatización. Dario Amodei [2026], el director general de Anthropic, los creadores de Claude IA, lo pone en estos términos:

La IA está igualando cada vez más el perfil cognitivo general de los humanos, lo que significa que también será buena en los nuevos trabajos que normalmente se crearían en respuesta a la automatización de los anteriores. Otra forma de decirlo es que la IA no es un sustituto de trabajos humanos específicos, sino más bien un sustituto general de la fuerza laboral humana. [Amodei, 2026 p. s/n]

Es probable que la forma del empleo, asimismo, cambie radicalmente. Existe una alta probabilidad de que el trabajo a destajo, coordinado y controlado por aplicaciones digitales, se convierta en una modalidad predominante. El empleo se “uberizaría” y las personas únicamente trabajarían determinadas horas realizando actividades específicas monitoreadas digitalmente. Esto, al incrementar el control de las cadencias y formas del trabajo, acrecentaría el sentido de alineación que carcome al individuo moderno. Además, los trabajadores no contarían con contratos que procuren estabilidad laboral, protección contra abusos y seguridad social. Atrás quedaron los tiempos de la carrera profesional dentro de una sola empresa que fundamentó el “sueño americano”.

Se han realizado múltiples estimaciones sobre los impactos de la IA en el empleo. Autores como Frey y Osborne [2017] calcularon que el 47 por ciento de las ocupaciones existentes en Estados Unidos corre un alto riesgo técnico de automatización en las próximas dos décadas. Aplicando la misma metodología para el caso mexicano, Cabrerros *et al.* [2020] estiman que casi dos tercios de los empleos existentes son técnicamente susceptibles de automatización. En evaluaciones más conservadoras, pero no menos alarmantes, Wang y Wong [2025] predicen que el 23 por ciento de los empleos podrían desaparecer a largo plazo. Por su parte, Acemoglu y Restrepo

[2019] argumentan que la IA está automatizando muchas actividades, sin que la productividad crezca al mismo ritmo. Aunque existen áreas de oportunidad para generar nuevas actividades económicas en sectores como salud y educación, la IA no está avanzando en ese sentido. Asimismo, Acemoglu y Johnson [2024] argumentan que la IA elimina los incentivos para aprender y erosiona habilidades humanas elementales como la capacidad de razonamiento crítico, lo que podría generar un colapso del conocimiento colectivo del que depende el crecimiento de la productividad. Mientras las máquinas se vuelven más inteligentes, los humanos nos volvemos más supinos.

Estas fuerzas agravarían los problemas de generación de empleos inherentes al capitalismo. La IA tiene el potencial de desplazar a millones de trabajadores y concentrar aún más los ingresos y la riqueza, lo que confirmaría el desempleo estructural que teorizó Marx. Con un mayor ahorro social, la inversión privada tendría que crecer para garantizar el pleno empleo. Sin embargo, dada la centralización de la riqueza y el posible desempleo estructural, habría capacidad instalada ociosa. Las empresas carecen de incentivos para invertir cuando hay capital fijo sin utilizar, por lo que, siguiendo las enseñanzas de Keynes, podríamos aproximarnos a un escenario de “estancamiento secular” y desempleo persistente. En un artículo reciente, Hemenway y Tsoukalas [2026] formularon un modelo matemático para demostrar la plausibilidad de esta hipótesis. Finalmente, la naturaleza de esta tecnología y la estructura económica prevaleciente pueden provocar que fallen los mecanismos compensatorios que teorizó Schumpeter, lo que implicaría que se destruirían actividades económicas a un ritmo mayor de lo que se crean. En suma, la tensión identificada por Polanyi entre el progreso tecnológico, la acumulación de capital y la reproducción de la fuerza de trabajo será exacerbada por la IA.

Reflexiones finales.

A más de ocho décadas de su publicación, *La Gran Transformación* se encuentra más vigente que nunca. Por eso, resultan encomiables iniciativas, como las de la revista *Ola Financiera*, que buscan reevaluar su pensamiento a la luz de nuestra era. Bajo nuevas modalidades, pero con dinámicas similares, la combinación de mercados desregulados y tecnologías disruptivas está cuestionando la reproducción social. La zozobra de carecer de un empleo estable, la caída en la calidad de vida de millones de personas, la evaporación de las clases medias, así como la desigualdad rampante han generado manifestaciones políticas peligrosas. Una generación de jóvenes, nacida bajo las secuelas de la Crisis Financiera Global de 2008, tiene perspectivas desalentadoras sobre la posibilidad de mejorar su calidad de vida. La movilidad social ascendente, base de la meritocracia sobre la que se cimenta ideológicamente el capitalismo, es cada vez más una utopía lejana.

Nos encontramos en una encrucijada civilizatoria en la que las sinergias entre algoritmos, mercados e instituciones definirán el devenir de la humanidad. En nuestra capacidad de incidir en esta dinámica radican las esperanzas de cambio. La IA tiene el potencial de incrementar exponencialmente la productividad, mitigar el cambio climático, construir sistemas económicos más sustentables, promover el progreso científico y tecnológico, mejorar la calidad de la educación y la salud, entre otros. Puede generar una sociedad más próspera, segura y justa. Quizás represente la promesa de liberación del trabajo y la base material para construir una sociedad según el principio de que cada uno aporte según su capacidad y reciba según sus necesidades.

En un marco de relaciones capitalistas, sin embargo, esta tecnología puede incrementar la miseria. La competencia obliga a los empresarios a implementar esta tecnología sin importar sus impactos sociales. Existe un problema de alineación de incentivos:

la reducción de la demanda agregada derivada del despido masivo de trabajadores se dispersa entre todas las empresas, mientras que la reducción de costos se refleja directamente en las hojas de balance individuales [Hemenway y Tsoukalas, 2026]. Como arrogantes aprendices de brujo, los empresarios evocan fuerzas que los superan y no saben controlar. Si los incrementos de productividad se dan a costa de los trabajadores, existe la posibilidad de que el mundo se encamine a un escenario distópico en el que la subsistencia de amplios grupos se ponga en entredicho mientras la riqueza se concentra aceleradamente en pocas manos, lo que puede espolear movimientos sociales defensivos sumamente insidiosos. Somos testigos de algunas manifestaciones con la consolidación de partidos políticos de extrema derecha que prometen regresar a un pasado idílico que ya fue superado, si alguna vez existió. Esto nos obliga a replantear alternativas que se ajusten a los tiempos que corren. Puntualmente, para prevenir que estos romanticismos oscuros conquisten los corazones y las conciencias, la sociedad debe retomar el control de la reproducción social. Principios fundamentales que pongan en el centro la prosperidad compartida, la seguridad, la estabilidad y la sustentabilidad deben guiar nuestro accionar. La plétora de riqueza material y el conocimiento específico que promete esta tecnología deben servir para que florezca lo humano. El Estado debe ser un actor fundamental en el control de los impactos sociales de esta tecnología. Además, se debe implementar un paquete de “políticas antifascistas” que promueva la asequibilidad de bienes y servicios fundamentales como vivienda, educación y salud [Weber, 2026].

Antes de continuar con la implementación de la IA, la sociedad debe reflexionar profundamente: ¿Esta tecnología generará suficientes empleos para los trabajadores desplazados? ¿Cómo se compensará a los trabajadores poco calificados? ¿La mayor productividad elevará los ingresos de amplios sectores o sólo de los capitalistas? ¿Se implementarán rentas básicas universales y cómo se financiarían? ¿Podemos imprimirle un sentido humanista al

desarrollo tecnológico? ¿Bajo qué principios, valores y objetivos deberíamos orientarlo? ¿Qué tipo de instituciones, regulaciones y políticas debemos crear para estos efectos? De estas respuestas dependen las formas que asumirá la sociedad en las próximas décadas.

Concluyo con una reflexión que Polanyi nos legó sobre el ascenso del fascismo: “pretender que una colectividad se mantuviese indiferente al azote del paro, a las mutaciones de sus industrias y sus oficios, con todo el cortejo que ello conllevaba de torturas psicológicas y morales, y pretenderlo simplemente porque a largo plazo los efectos económicos serían irrelevantes, era suponer un absurdo.” Sería absurdo pretender que los cambios sociales que estamos viviendo no acarrearán consecuencias catastróficas para amplios grupos. Independientemente de si en un futuro incierto y lejano las cosas pueden mejorar, hay problemas que merecen atención urgente. El siglo XX y su “era de las catástrofes” nos demostraron con crudeza que ciertas dinámicas destruyen a la comunidad. No permitamos que nuestra inconsciencia, insensibilidad y falta de acción incuben nuevamente el huevo de la serpiente.

Historia magistra vitae est.

Bibliografía

- Acemoglu, D., y Johnson, S. [2024]. *AI and the collapse of shared knowledge* (Working paper). Massachusetts Institute of Technology. <https://doi.org/10.3386/w34910>
- Acemoglu, D., y Restrepo, P. [2019]. *The wrong kind of AI? Artificial intelligence and the future of labor demand* (NBER Working Paper No. 25682). <https://doi.org/10.3386/w25682>
- Amodei, D. [2026, January]. *The adolescence of technology*. GreaterWrong. Recuperado de: <https://www.greaterwrong.com/posts/kzPQohJakutbtFPcf/dario-amodei-the-adolescence-of-technology>
- Arrighi, G. [1999]. *El largo siglo XX: Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*. Madrid: Akal.
- Barrales-Ruiz, J., Mendieta-Muñoz, I., Rada, C., Tavani, D., y Von Arnim, R. [2022]. The distributive cycle: Evidence and current debates. *Journal of Economic Surveys*, 36(2), 468-503. <https://doi.org/10.1111/joes.12432>
- Bauman, Z. [2010]. *Modernidad y Holocausto*. Madrid: Sequitur.
- Cebreros, A., Heffner-Rodríguez, A., Livas, R., y Puggioni, D. [2020]. *Automation technologies and employment at risk: The case of Mexico* (No. 2020-04). Working Papers. <https://www.econstor.eu/handle/10419/240693>
- Coriat, B. [1992]. *El taller y el cronómetro: Ensayo sobre el fordismo y la producción en masa*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Crotty, J. R. [2019]. *Keynes against capitalism: His economic case for liberal socialism*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Fisher, I. [1933]. The debt-deflation theory of the Great Depression. *Econometrica: Journal of the Econometric Society*, 337-357. <https://www.jstor.org/stable/1907327>
- Fraser, N. [2014]. Can society be commodities all the way down? Post-Polanyian reflections on capitalist crisis. *Economy and society*, 43(4), 541-558. <https://shs.hal.science/halshs-00725060v1/document>

- Frey, C. B., y Osborne, M. A. [2017]. The future of employment: How susceptible are jobs to computerisation?. *Technological forecasting and social change*, 114, 254-280. Recuperado de:
<https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0040162516302244>
- Friedman, Milton. "The role of monetary policy." *The American Economic Review* 58.1 [1968]: 1-17. <https://www.jstor.org/stable/1831652>
- Goodwin, R. M. [1967]. A growth cycle: Socialism, capitalism and economic growth, 1967, ed. by Ch. Feinstein. En *Essays in economic dynamics* (pp. 165-170). London: Palgrave Macmillan UK.
https://link.springer.com/chapter/10.1007/978-1-349-15496-7_14
- Gramsci, A. [2000]. *Cuadernos de la cárcel* (Vols. 1–6). México: Siglo XXI Editores.
- Hardt, M., y Negri, A. [2002]. *Imperio*. Barcelona: Paidós.
- Hemenway Falk, B., y Tsoukalas, G. [2026]. The AI Layoff Trap. *Available at SSRN*.
- Hobsbawm, E. [2009]. *La era de la revolución: 1789-1848*. Barcelona: Crítica.
- Keynes, J. M. [1937]. The general theory of employment. *The quarterly journal of economics*, 51(2), 209-223.
- Keynes, J. M. [1988]. El fin del laissez-faire (1926). *Ensayos de persuasión, Barcelona, Crítica, Grijalvo*, 279.
- Keynes, J. M. [2006]. *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Kindleberger, C. P. [2016]. *Manías, pánicos y cracks: Historia de las crisis financieras*. Barcelona: Ariel.
- Kydland, F. E., y Prescott, E. C. [1982]. Time to build and aggregate fluctuations. *Econometrica*, 50(6), 1345–1370.
<https://doi.org/10.2307/1913386>
- Lewis, W. A. [1954]. Economic development with unlimited supplies of labour.
- Lucas, R. E., Jr. [1976]. Econometric policy evaluation: A critique. In K. Brunner y A. H. Meltzer (Eds.), *The Phillips curve and labor markets*

- (pp. 19–46). Amsterdam: North-Holland.
[https://doi.org/10.1016/S0167-2231\(76\)80003-6](https://doi.org/10.1016/S0167-2231(76)80003-6)
- Marx, K. [2011]. *El capital: Crítica de la economía política*. Siglo XXI Editores.
- Mattick, P. [1971]. *Marx and Keynes: The limits of the mixed economy*. Boston: Porter Sargent.
- Mokyr, J. [2016]. *A Culture of Growth: The Origins of the Modern Economy*. Princeton University Press.
- Palacio-Vera, A. [2005]. The ‘modern’ view of macroeconomics: some critical reflections. *Cambridge Journal of Economics*, 29(5), 747-767.
<https://academic.oup.com/cje/article-abstract/29/5/747/1702341?redirectedFrom=PDF&login=false>
- Palma, J. G. [2025]. Latin America and its “reverse gatopardism”: For everything to remain the same, nothing can change. A middle-income or a neoliberal trap? *El trimestre económico*, 92(365), 7-74.
<https://www.eltrimestreeconomico.com.mx/index.php/te/article/view/1883>
- Phelps, E. S. [1967]. Phillips curves, expectations of inflation, and optimal unemployment over time. *Economica*, 34(135), 254–281.
<https://doi.org/10.2307/2552024>
- Polanyi, Karl [1944]. *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*. Boston: Beacon Press.
- Schumpeter, J. A. [2010]. *Teoría del desenvolvimiento económico: Una investigación sobre ganancias, capital, crédito, interés y el ciclo económico*. México: Fondo de Cultura Económica.

Recibido 24 de abril 2026

Aceptado 28 de mayo 2026